

vas é irrepreensibles, han visto un celo y laboriosidad casi sin límites en la enseñanza pública y gratuita, y en todo género de ministerios sagrados en cárceles, hospitales y en sus iglesias: y de aquí inferirán, aunque no quieran, que no eran menos los que fueron desterrados. Nada exagero en lo que acabo de decir: y lo digo con particular consuelo y gozo, sobre la muy loable conducta de los jesuítas recién nacidos en Nápoles.»

Esto dice el autor del Diario: cuya ingenua confesion le honra á él no menos que á los jesuítas napolitanos; pues tan imparcial se muestra con ellos, después que había censurado su reunion en Nápoles á pesar de preverse como inevitable el golpe, que al fin se descargó contra ellos.

LIBRO SEXTO

Desde el destierro de la Compañía del reino de Nápoles por el rey José Bonaparte hasta el restablecimiento de la misma en la universal Iglesia por Pío VII.

1806 — 1814

Llegamos ya á la última época de la vida del V. P. José Pignatelli, y á la más gloriosa de todas por el más puro esplendor con que brillaron sus heroicas virtudes. En su destierro de Nápoles la recién restaurada Compañía, viose paternalmente acogida por Pío VII en Roma, cual si este Soberano Pastor presintiese que en los sacrilegos atropellos de que iba á ser víctima su sagrada persona, en la orfandad en que iba á quedar el pueblo romano, en las indignas profanaciones que los enemigos de la religion habian de ejercer en toda clase de personas y en los templos consagrados á Dios, solamente un santo como el P. Pignatelli podía desarmar el brazo de un Dios justo, infundir aliento á los pusilánimes y remediar las gravísimas necesidades, no menos las corporales que las espirituales, en que iba á verse sumergida la ciudad de Roma.

Cumplió fielmente el Siervo de Dios estos designios de la Providencia hasta el postrer aliento de su vida, á la cual puso feliz término con la muerte del justo. Honróla el cielo con patentes prodigios y con el cumplimiento puntual de varias profecías hechas por el bendito Padre, siendo una de las más evi-

dentes la del glorioso restablecimiento de la Compañía de Jesús, tantas veces anunciado como muy próximo por el difunto Padre: el cual, como otro Moisés, condujo su pueblo hasta la vista de la tierra de promision, y tuvo que hacer el sacrificio de no entrar en ella y renunciar á las delicias de aquel feracísimo suelo.

Glorifícole en cambio el Señor en la tierra, donde tantas humillaciones y contrariedades había padecido su fidelísimo siervo. Y aunque los numerosos hijos, que á sus pechos había criado, lloraron con ternura la ausencia corporal de su querido padre; no por esto dejaron de sentir su benéfico influjo en la conservación y acrecentamiento de aquel vigoroso y genuino espíritu, que en sus corazones había sabido infundir aquel hombre providencial: espíritu, que por medio de sus discípulos se transmitió á la renaciente Compañía en su progresiva dilatacion por todo el universo.

CAPÍTULO I

Llega á Roma el P. Pignatelli. — Visita á Su Santidad. — Manda á los súbditos detenidos en Albano que continúen su viaje. — Pasa á vivir en el colegio Romano. — El Siervo de Dios y el ministro español Sr. Vargas. — Entera confianza del Padre en la Providencia divina. — Provéele el cielo con abundancia. — Socorros de la duquesa de Villahermosa. — Querellas de los ministros y embajadores y defensa del Pontífice. — Conducta heroica de algunos novicios. — Solemnidad extraordinaria en la fiesta de San Ignacio. — Triduo de accion de gracias por la beatificacion del Ven. P. Francisco de Jerónimo.

1806

Llegó á la ciudad eterna el P. Pignatelli el 9 de Julio, como escribe el P. Monzon. «Fue á hospedarse» dice el H. Grassi¹, «en la posada dicha *di Zacchería*, situada en la calle *dei Condotti* ú otra vecina. Después de un breve descanso, tomó otro carruaje, y llevado de su devocion, se dirigió á la iglesia de San Andrés: hecha una corta visita al Santísimo Sacramento y al altar de San Estanislao, inmediatamente se trasladó á la antecámara de Su Santidad, á cuya audiencia fue admitido después de algunos momentos. Recuerdo,» continúa, «que ántes de entrar al Padre Santo, me dijo: «Hermano José, rogad al Señor, en tanto que yo expongo nuestro estado á Su Santidad.»

¹ *Process. Rom.*, fol. 161.

Varios testigos deponen haber oído de boca del Venerable la narración exacta de esta su entrevista con Pío VII. Según ellos, hincado de rodillas el Padre á los pies del Sumo Pontífice, sintió en su alma tan varios y vehementes afectos, que no pudo reprimir un copioso llanto ni articular una sola palabra. Á su vista enterneciéndose también Pío VII, y lloró igualmente. Recobrada ya la voz, pero entrecortada todavía por los sollozos, «Ya puede Vuestra Santidad figurarse,» dijo el P. Pignatelli, «por qué me presento hoy á sus sagrados pies; pues no debe ignorar lo ocurrido en Nápoles á la Compañía de Jesús.» — «Lo sabemos,» respondió el Padre Santo, «lo sabemos; y hartó lo sentimos; mas no temáis, porque somos vuestro padre.» — «Ni yo,» añadió el Siervo de Dios, «ni ninguno de mis hermanos queremos ser gravosos á Vuestra Santidad dándole ocasión de nuevos disgustos y amarguras. La Compañía de Jesús por deber de su instituto está enteramente á disposición del Romano Pontífice, á quien profesa absoluta sumisión, y de quien únicamente depende. Destinada por su santo fundador para promover los intereses y defender hasta con el derramamiento de su sangre los derechos de esta Santa Sede, no hará nunca ni más ni menos que lo que por la misma le fuere impuesto. Disponga, pues, Vuestra Santidad de mí y de mis compañeros según crea que más conviene á nuestro estado, á la condición de los tiempos y á las necesidades de la Iglesia. Prontos estamos á ir al sitio que se nos designe y á emplearnos en todo lo que se nos imponga. Ninguno de mis compañeros ha puesto aún el pie en Roma; todos por orden mía están aún en Albano esperando las disposiciones de Vuestra Santidad, y preparados á venir ó á marchar á otra parte, según que se les intime. Gracias á la divina misericordia no ha muerto aún ni se ha debilitado aquel espíritu de veneración y obediencia hacia esta Santa Sede, que animaba á nuestro Santo Padre Ignacio y á toda la Compañía fundada por él; sino que vive y florece en estos atribulados hijos, que á imitación de su gran Padre están dispuestos á dar sangre y vida por ella.»

Así habló el P. Pignatelli, á quien respondió seguidamente

el Pontífice: «Nos sabemos muy bien cuál es el espíritu de vuestro instituto, y no abrigamos la menor duda acerca de vuestras disposiciones y de las de vuestros religiosos hacia nuestra persona y para con esta Santa Sede. Hemos resuelto que todos entren en Roma, y que demoréis en nuestros estados. Como padre común que somos de todos los fieles, demanda la justicia y pide la caridad que tal nos demos con esta pequeña porción de hijos nuestros perseguidos; y ya hemos dado orden de que se os prepare habitación en la casa profesa y en el colegio romano; y si esta nuestra paternal benignidad excita la envidia de vuestros émulo y nos atrae algún disgusto, la justicia y la misericordia serán las armas de nuestra defensa. Pero ya que vuestro Santo Padre Ignacio en la sexta parte de las constituciones no os prescribe hábito alguno distinto del común de los eclesiásticos, deseamos que á fin de evitar inconvenientes que pudieran ocurrir, os vistáis por ahora como sacerdotes seculares, sin que por eso dejéis de ser verdaderos religiosos.»

Muy sensible fue al P. José verse privado por el Papa de vestir el traje de la Compañía; y esto, no porque creyese que era esencial á su ser de jesuita el vestir de esta ó de otra manera, sino porque los Paccanaristas en Roma, por vestir la sotana adoptada por la Compañía desde sus principios, se vendían por los únicos legítimos sucesores de San Ignacio y conservadores de su espíritu; y el Sumo Pontífice no se oponía á su pretensión, porque los ministros de las cortes ninguna queja formularon contra aquellos que sabían no ser lo que ellos propalaban. Pero no se tardó en ver cuán acertado estuvo el Papa en su determinación; pues al momento comenzaron las reclamaciones de aquellos ministros contra los verdaderos jesuitas recién llegados de Nápoles, como luego se dirá. No dio el P. Pignatelli la menor señal de sentimiento al Papa; sino que aceptó con grande humildad su mandato, y le dio las más afectuosas gracias por su paternal bondad en recibirlos en Roma.

Animado con tan buena acogida y no dudando de que aquel era día de alcanzar gracias de Su Santidad, se alentó á pedirle

una, que ardientemente deseaba. Hizole saber cómo habían de llegar presto á Roma las sagradas reliquias del apóstol de Nápoles, que Su Santidad, en testimonio de su amor á la Compañía, acababa de colocar en los altares. Manifestóle el ansia con que deseaba conservar tan rico tesoro en su poder, en tiempos tan calamitosos, para alivio de sus penas y para custodiar dignamente aquellas preciosas reliquias. Otorgóle el Papa la facultad que pedía; y no solamente esto, sino que le concedió pudiese él designar á cualquier otro para custodio de ellas, segun que las circunstancias lo exigiesen. Dióle el Padre las más afectuosas gracias, y el Pontífice con toda la efusion de su alma le bendijo, y se despidió de él con expresiones de paternal afecto.

Dirigióse el Padre á la posada pública, en que «permaneció ocho días, por un particular cuidado que quiso poner en no aparecer como cabeza de un cuerpo, que en Roma no estaba todavía restablecido¹.» Desde allí llamó á los que estaban detenidos en Albano, ordenándoles, que, vestidos de sacerdotes seglares, fuesen á Roma. En efecto: «en los tres días siguientes,» dice el P. Luengo, «nueve, diez y once, llegaron á esta ciudad en tres cuadrillas ó convoyes, cada uno como de veinte y cuatro á treinta, casi todos los jesuitas extranjeros que estaban en la corte de Nápoles.»

Mucho padecieron en este corto viaje de Albano á Roma: «porque ó por el ansia de llegar presto á esta corte (de Roma,) ó por otros motivos de intereses de los caleseros, caminaron con el sol de medio día; y muchos de ellos, sin haber comido, se apearon en la casa del Jesús á las tres de la tarde. Llegaron, pues, todos ellos, y especialmente los ancianos, que son muchos, sumamente abatidos, estropeados y casi muertos. Uno de ellos es el P. Diego Val, de la Provincia de Castilla,» continúa el Padre Luengo, «y amigo mío, á quien había convidado en esta mi casa; y para venir á ella desde el Jesús, en la que se había apeado, fue preciso traerle del brazo. Es hombre ya de setenta y ocho

¹ H. Grassi, *Process. Rom.*, fol. 163.

años y no de mucha robustez; y así no es extraño que viniese el pobre en un estado miserabilísimo. Y el mismo me ha asegurado, que en tantos trastornos y opresiones, en tantos viajes atropellados de mar y tierra, en que nos hemos visto en estos cuarenta años de nuestra tribulacion, no ha padecido tanto, como en los siete días desde la intimacion del decreto en Nápoles hasta su arribo á esta nuestra casa¹. En ella, como con los demás en sus respectivos hospedajes, se hará cuanto sea posible en nuestras miserables circunstancias, para que pueda descansar, reparar sus fuerzas y volver en sí.»

«Á excepcion de algunos pocos, que tenían ya dispuesto hospedaje particular, todos se apearon en la casa del Jesús: y no cabiendo allí todos, ántes que llegase el día 11 la tercera cuadrilla, pasaron al colegio romano doce ó trece novicios, que eran todos los que habían llegado; y por orden del P. Provincial Pignatelli, los acompañaron seis ú ocho Padres antiguos. El Padre Provincial desde su llegada se hospedó, como hemos dicho, en una posada pública con otros tres, en cuya compañía vino de Nápoles: y aunque tenía preparado hospedaje en el Jesús, no quiso ni apearse allí por no llamar la atencion.»

«En la posada le visitó su amigo el P. Provincial Gaddi, dominico de Colorno, y ahora General de la orden. Ofrecióle su convento de la Minerva para morada suya: agradecido el Padre al ofrecimiento, apreció, como era debido, aquel rasgo de cortesania y caridad; pero no tuvo por conveniente hacer uso de él, ya para no causar incomodidad á aquellos Padres, ya tambien para no dar ocasion á que se afilasen contra ellos las lenguas y plumas de los enemigos de la Compañía, que no perdían ocasion de morder y lacerar á quienquiera que les diese demostracion de afecto, ni aun á título de caridad cristiana: y por este motivo mostró tambien deseo de establecerse solo en una casa particular, para que no apareciese públicamente como cabeza y su-

¹ Adviértase, que, segun el P. Luengo, llegó el P. Pignatelli á Roma no el 9, sino el 8 de Julio.

perior de los jesuítas napolitanos; pero al cabo se pasó á vivir al colegio romano.»

La ocasion de pasarse á este colegio fue la que indica el H. José Grassi¹ con estas palabras: «El abate Hervás, en otro tiempo jesuíta y en aquella sazón bibliotecario de Su Santidad, que habitaba en el colegio romano, invitó con eficacia al Padre á que se trasladara á dicho colegio, en donde le había preparado un alojamiento separado del de los otros hermanos. Aceptada esta invitacion, fue á hospedarse allá, y se colocó en una cámara vecina á la del prefecto del [oratorio del] Caravita.» Continúa, y dice el autor del Diario:

«Allí se albergó en un cuarto pequeño y muy oscuro aun á las horas de mayor luz, interceptada siempre por el arco que monta la calle y une el colegio romano con el oratorio llamado del Caravita. Estaba casi siempre encerrado en aquel aposento pasando una vida oculta á los ojos del mundo, y muy pocas veces salía de casa, y no á paseo ni por recrearse, sino cuando le obligaba una extrema necesidad, ó le instaban mucho Lorenzo Hervás y Vicente Bolgeni, sus antiguos hermanos, que habitaban con él en el colegio. Á fin de que aquello no tuviera visos de comunidad reunida en un punto, trataba poco con los suyos en público, y solo de noche solía subir al corredor en donde está convertido en capilla el aposento que ocupó y en que murió San Luis, y en donde se habían colocado los jóvenes estudiantes y novicios. Subía, pues, á visitarlos y á consolarlos con pláticas y conversaciones espirituales, animarlos á la constancia y en-fervorizarlos en los estudios, que quiso se emprendieran con ahinco, acompañados de la observancia regular lo mismo que si se hallaran en Nápoles y con todas las comodidades de casa.»

«Considerando el P. Pignatelli que por haberse hecho jesuíta en Nápoles había caído en desgracia de la corte de Madrid y aun dejado de ser español, no se tuvo por obligado á presentarse al Ministro plenipotenciario de España en Roma, y aun podía temer

¹ *Process. Rom.*, fol. 163.

un desaire y que no quisiese el Sr. Vargas recibirle. Este, no obstante, muy presto empezó á extrañar que el P. Pignatelli no se le presentase: lo cual no hubiera sucedido, ni aun él hubiera deseado ver delante de sí al P. Pignatelli, si este hubiera sido cualquiera otro español de menos calidad. El Padre, informado de todo, vestido ya de sacerdote secular, fue á visitar á nuestro Ministro el día trece del mes, á los cinco de su llegada á Roma, que no eran muchos para repararse de la gran pesadumbre que había tenido y del atropellado viaje, mayormente teniendo mucho que pensar y no poco que hacer para disponer algun hospedaje para sus afligidos súbditos. La visita duró dos horas, y en la conversacion hubo franqueza y jovialidad entre los dos.»

«No se divulgó lo que trataron; pero teníase por cierto entre los que conocían al P. Pignatelli, que no hizo gestion alguna para obtener de la corte de Madrid la antigua pensión para sí ó para los suyos. Sabían todos perfectamente que además de la ilimitada confianza que el Padre tenía en Dios, por sí mismo, con los socorros de su familia en Nápoles y en España, podía mantener á muchos, y aun á todos, gastando en ello menos que lo invertido en Nápoles los dos años anteriores que allí estuvieron, como así sucedió¹.»

Al principio algunos, juzgando segun los dictámenes de la humana prudencia, dieron señales de descontento y hasta de aversion al Siervo de Dios, opinando que lo que veían más era temeridad, que afecto puro de filial confianza en el Padre celestial.

Sesenta y más súbditos veía en torno de sí², no teniendo pan que darles ni para un día solo. Ninguno tenía dinero, ni disponía de medios para adquirirlo; pues ordenó que se mantuviese en todo su vigor la regla que prohíbe recibir cosa ninguna en recompensa de misas ú otro ministerio de los que ejercita la

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 40, pág. 293 y siguientes.

² *Process. Rom.*, fol. 166. Unos pocos fueron á su respectiva patria, perteneciendo no obstante á la Compañía. *Ibid.*